

LAS PRIORIDADES DE LA CONGREGACIÓN

12 Octubre 1979 - Carta - San Antonio, Texas

Los nuevos pobres - Asociar a los laicos - ÍM conversión personal - Apóstoles de la certidumbre

L.J.C. et M.I.

Esta vez, os dirijo mi felicitación de Navidad desde San Antonio. Acabamos de clausurar aquí la sexta sesión conjunta (con los provinciales y miembros de la Región), la última antes del Capítulo. Esta sesión agrupaba a unos sesenta oblatos. El calor de la acogida tejana es proverbial. Lo hemos experimentado todos, y se lo agradezco cordialmente a la provincia del sur de Estados Unidos, que este año celebra el 75º aniversario de su fundación.

De estas sesiones plenarias en las diversas regiones van emergiendo cada vez más ciertos puntos comunes y orientaciones de conjunto que expresan a la vez la unidad de la Congregación y su voluntad de actuar en una línea precisa. Quisiera comentar aquí tres de esos puntos.

Los nuevos pobres

En primer lugar, la preocupación por los pobres, sobre todo por los llamados "nuevos pobres". La Congregación se va dando cada vez más cuenta de que el mundo actual engendra pobres, nuevos pobres y de que ahí tenemos nosotros un desafío capital que enfrentar. Estos pobres son a menudo las minorías nacionales, los inmigrantes y los refugiados, no solo los del sudeste asiático que viven en las naves, sino todos los otros que se encuentran en diversos países: mexicanos, cubanos y puertorriqueños en Estados Unidos, portugueses, españoles e italianos, árabes y africanos en los países más industrializados de Europa.

En Cayena, Guayana Francesa, hace unas semanas, al pasar ante una gran plaza donde muchos negros estaban de pie, como esperando, oí al P. Charrier, misionero entre los hmong, hacer tristemente la reflexión: "Padre, aquí está el nuevo mercado de los esclavos". Efectivamente, son haitianos que cada día acuden a ofrecer su trabajo barato...contra la ley. Yo pensaba en todos los haitianos que buscan trabajo en Surinam, en Miami, en Montreal...

Los oblatos de Haití realizan un trabajo admirable en Haití. ¿Qué hacen los oblatos de otras provincias para ayudar a los haitianos que viven en su territorio? ¿Y qué conocimiento tienen de la situación de éstos? Estas preguntas se las plantean desde hace unos años numerosos oblatos acerca de muchos otros emigrantes.

En Francia, por ejemplo, en el pasado, los trabajadores más pobres, los que llevaban la vida más dura, los de las minas, eran sobre todo polacos. Hemos hecho mucho por ellos. Hoy son africanos del norte, turcos... ¿Qué hacemos por ellos? Lo mismo en Inglaterra: entre los emigrantes los nuevos pobres ya no son los irlandeses sino a menudo los negros de las Antillas inglesas o los indios... ¿Qué interés les mostramos?

Al plantear estas preguntas, no ignoro la extrema complejidad y la novedad del problema, tal como se presenta hoy, pero no olvido tampoco el grito del Fundador al Padre Semeria: "¿Cuándo comenzaréis a convertir infieles? ¿no sois en vuestra isla (Ceilán) más que párrocos de los viejos cristianos?" (Carta de 21-2-1849).

Los nuevos pobres son también los jóvenes. En muchos países de occidente están como perdidos en un mundo que se les ha vuelto extraño, un mundo que ya no tiene tiempo para amarlos, un mundo que ya no tiene trabajo que ofrecerles, un mundo que les plantea multitud de problemas sin tener nunca respuesta que darles. Como oblatos, hemos perdido en muchos países el contacto con los jóvenes. Lo experimentamos cada vez más, lo deploramos, e intentamos restablecer ese contacto... Ciertas provincias, como Italia, lo están logrando admirablemente; otras, no.

Los nuevos pobres son asimismo los obreros sin trabajo, los que se ven injustamente explotados, los campesinos privados de sus tierras, como sucede en América Latina, y, en un orden muy diverso, los ateos, la gente religiosamente indiferente. Su número crece sin cesar en Europa, en Estados Unidos, en Canadá y en Australia.

Todas estas llamadas llegan a los oídos de la Congregación. Ella siente que no puede responder a todas, pero se da cuenta de que sería infiel a su destino si, por falta de audacia o por estar demasiado instalada en ministerios confortables, no hiciera nada por darles respuesta, habida cuenta de su situación actual.

Asociar a los laicos a nuestra actividad

La segunda inquietud que se percibe a través de todo el Instituto es la siguiente: la voluntad de asociar a los laicos a la acción de la Iglesia y a nuestra propia labor. Dos razones nos mueven a ello. Una, de orden teológico: se está comprendiendo mejor la función del laico en la Iglesia, su responsabilidad ministerial y la necesidad de su compromiso apostólico, si quiere vivir en plenitud la gracia de su bautismo; y otra, de orden práctico, a menudo la más eficaz: en muchos lugares y sectores de la vida cristiana, la Iglesia ya no podrá, por falta de sacerdotes, asegurar el ministerio indispensable, si los laicos no asumen plenamente la parte que les corresponde.

Ya se dan entre nosotros magníficas realizaciones: los jefes de comunidades cristianas en la Bahía de Hudson, el ministerio de los catequistas entre los laosianos y en México, la presidencia de la oración en ciertos 'compounds' de África del sur, las sesiones de formación de líderes cristianos en la Universidad San Pablo de Ottawa... A esto hay que añadir el trabajo realizado por los oblatos para desarrollar las comunidades cristianas de base en América Latina y en otras partes, así como el apoyo que prestan a movimientos de laicos cristianos, como los encuentros matrimoniales.

Esta necesidad de promover los ministerios del laicado, en ciertos lugares, se considera tan urgente que se evita nombrar a un oblato párroco o confiarle una obra importante si no está dispuesto a asociar a los laicos a su labor.

En correspondencia, se descubre en muchos laicos el deseo de una vida espiritual más intensa e incluso en algunos el de una participación más íntima en nuestra propia vida religiosa. El Espíritu Santo está sin duda presente en esos diversos movimientos que surgen en la Iglesia. A nosotros toca discernir su acción y cooperar a ella lo mejor posible.

Conversión personal

Finalmente, la tercera preocupación, que se expresa en una y otra sesión, es ésta: la necesidad de conversión, personal y comunitaria, y de mayor autenticidad en nuestra vida religiosa. ¿Cómo evangelizar hoy si ya no somos creíbles? ¿Y cómo vamos a ser creíbles si no vivimos más que a medias los valores evangélicos que predicamos? Si, por ejemplo, la oración está ausente de nuestras vidas ¿cómo podemos ser presencia de Dios entre los hombres? Y si nuestra opción por los pobres no incluye un mayor compartir y la elección de un estilo de vida más pobre ¿qué fruto puede producir?

Hace ya varios años el llorado Padre Mauricio Lefebvre, caído en el servicio de los pobres, en Bolivia, lo señalaba: "Justamente porque nuestras vidas son mentirosas, no pasan las verdades que llevamos". Para dar testimonio, y hasta para sobrevivir, la Congregación necesita hombres de oración, hombres del todo entregados a Jesucristo, hombres realmente pobres.

En cuanto a la pobreza, por limitarme a este punto, es esencial que haya entre nosotros verdaderos pobres y que haya cada vez más - pues algunos ya hay - que lo sean voluntariamente y con sencillez y alegría por haber escuchado la llamada de Jesús, gracias al contacto con el mundo de los pobres. A estos hermanos tenemos que sostenerlos y ayudarlos.

La Congregación está percibiendo cada vez más la llamada a la conversión, a la reforma de

vida. Se han hecho esfuerzos para responder, pero resultan todavía demasiado modestos y limitados, y no siempre son suficientemente claros los caminos que hay que tomar para comprometerse en ello. El próximo Capítulo, lo deseo ardientemente, traerá un poco más de luz en este asunto y nos dará un nuevo impulso. Hay que rezar mucho por esa intención.

Pronto será Navidad. Cristo vendrá entre nosotros. Nos seguirá invitando a seguirle en la alegría, la verdad, el amor y el servicio a los hermanos. ¡Ojalá nos ayude a entrar de lleno en esas grandes corrientes que alientan en la Congregación, la preocupación por los pobres, la apertura a los ministerios del laicado y la reforma de nuestra vida!

Apóstoles de la certidumbre

Como última palabra y como deseo de Año Nuevo, me permito repetiros la consigna que dirigía a los oblatos en la sesión conjunta Mons. Frank Hurley, arzobispo de Anchorage (Alaska). en un mundo cambiante, lleno de incertidumbres y de dudas, ¡sed los apóstoles de la certidumbre, de la certidumbre fundada en Jesucristo y en la profundidad de vuestra fe en Jesucristo!